

CRONICA DE UN MIGRANTE

Antonio Cárdenas B.

Nací en la ciudad de Huancavelica, capital del departamento del mismo nombre, ubicada a 440 kilómetros al sur de Lima que es la capital del Perú. Huancavelica fue creada por los españoles gracias al descubrimiento de las minas de oro, plata y mercurio de Santa Bárbara. Durante el dominio español, se convirtió en uno de los centros mineros más importantes de la colonia, a donde llegaban por cientos los indios de todas partes del territorio para realizar lo que se llamó la "Mita", es decir, el trabajo obligatorio impuesto a los indios por los conquistadores para laborar en las minas. Miles de ellos murieron en su interior y otros miles a causa de las enfermedades derivadas de este tipo de trabajo.

Mi padre fue descendiente por línea materna del último jefe de la comunidad de Conaica, el Cacique Inca Cuicapuza, y por parte de padre de un mestizo español-indio apellidado Cárdenas. La comunidad de mi padre se encuentra en las alturas de Huancavelica, a unos 3,800 metros sobre el nivel del mar. Por su lejanía con los centros poblados, ha tratado de mantener en lo posible sus costumbres y tradiciones. En los últimos años debido a la violencia generada por el senderismo y a la presencia del ejército que la combate, ha obligado a su población a migrar masivamente a otros lugares.

Mi madre, hija de una campesina pequeña propietaria de un fundo en Pampay, en la provincia de Huanta, departamento de Ayacucho. Fue el resultado de un tórrido romance, que tuvo su mamá con un hacendado de origen polaco, apellidado Boyasbek.

Mi primera experiencia de migración la tuve al poco tiempo de haber nacido, cuando mis padres decidieron dejar Huancavelica y trasladarse a Huancayo, la ciudad más importante en la sierra central del Perú. Debido a dos razones: La primera, el agotamiento de la mina de Santa Bárbara, la que al bajar su producción, ocasionó la disminución del comercio en la ciudad, actividad a la que se dedicaba mi madre. Mi padre era profesor en la comunidad de Vilca, ubicada en las alturas de Huancavelica, como ganaba poco, la familia dependía económicamente del negocio de mi madre, que empezaba a quebrar. La segunda, la

persecución que el gobierno del General O. Benavides inició tras el fracaso del intento de rebelión aprista en Huancavelica, contra sus dirigentes y activistas. Mi padre era simpatizante de ese partido, no estaba inscrito como miembro. Aunque su participación fue limitada en esta revuelta, decidió salir de Huancavelica para evitar represalias.

En la ciudad de Huancayo, inicié mis estudios primarios. Sin embargo, mi padre aprovechaba cualquier oportunidad para enviarme a su comunidad a fin de que aprendiera el quechua y sus costumbres. Consideraba importante que yo conviviera con ellos, le interesaba mucho que entendiera la lucha de su comunidad por encontrar su propio camino. Participé en labores comunales como la construcción de la carretera, y aprendí a usar pico y pala en la preparación de la tierra para sembrar cebada.

Permanecimos 10 años aproximadamente en Huancayo. Nuevamente mi padre movilizó a toda la familia a la capital del Perú: Lima. Porque comprendió que frente al centralismo existente, la capital era el único lugar donde podíamos encontrar mejores oportunidades de educación, trabajo y atención médica. Mi padre tenía una meta, ser abogado para defender los derechos de su comunidad. Y logró su objetivo.

Influenciado por las enseñanzas de mi padre, inicié mi experiencia laboral trabajando en el sector educación, con las poblaciones de las áreas rurales y las urbano-marginales en el Programa de Alfabetización Integral que puso en ejecución el gobierno del General Velazco Alvarado, posteriormente en los programas de Promoción Campesina y Extensión Agraria durante los gobiernos de Fernando Belaúnde Terry y del Dr. Alan García.

Como migrante provinciano, formaba parte de esa generación que prácticamente estaba invadiendo Lima, la capital del Perú, que mantenía aún rasgos de su pasado hispano-señorial, cuyo egocentrismo no le permitía aceptar a otros grupos étnicos, a quienes rechazaba menospreciándolos. Sentí esa discriminación por parte del criollo-limeño, que irónicamente me llamaban "serrano", por mi apariencia física y la forma muy peculiar que tenía de hablar. Por esa razón en la Universidad y en los lugares donde asistí, entablé relaciones cordiales y de mutua simpatía con otro grupo de migrantes, que compartía con alguna diferencia la misma discriminación; me refiero a los japoneses o como más cariñosamente se les llaman "ponjas", o "chinitos", por la forma rasgada de sus ojos.

Pese a constituir los japoneses una colonia muy cerrada que aceptaba sólo

enlaces matrimoniales entre sus miembros, es la que mejor se integró con los provincianos o serranos, tanto así, que la máxima representante de la música folklórica del departamento de Ancash, conocida como la "La Princesita de Yungay" es una nisei: Angelica Harada. Esta simpática relación que tenía con los miembros de esta colonia, me permitió conocer a mi esposa, en una parroquia católica a la que asistíamos juntos provincianos y nisei.

Al principio por parte de algunos miembros de la familia de mi esposa, hubo cierta resistencia en aceptar nuestro matrimonio, la que fue cediendo poco a poco cuando comprobaron que teníamos muchas cosas en común.

La madre de mi esposa, llegó al Perú cuando tenía 20 años de edad, tras un agotador viaje en barco que duró algunos meses, desde la isla de Okinawa. Lo hizo con la esperanza de encontrar un futuro mejor. Como la mayoría de los inmigrantes japoneses no sabía el idioma, ni las costumbres del Perú. Comenzó realizando labores agrícolas, para posteriormente en base a trabajo y esfuerzo ubicarse en el Mercado Mayorista, en el barrio popular de La Victoria de Lima, administrando un restaurante de su propiedad.

Al igual que los provincianos en Lima, también los japoneses se agrupaban por su lugar de nacimiento, así mi suegra se reunía con su "sonjin" de Guinowan, con el fin de mantener vivas sus costumbres y ayudarse mutuamente, tanto económica como emocionalmente. Una de las experiencias más negativas que le tocó vivir, fue durante la Segunda Guerra Mundial, cuando con la complacencia del gobierno de Manuel Prado les asaltaron y despojaron sus propiedades. Ella y su familia tuvieron que esconderse. Lamentablemente en esos trágicos momentos una de sus hijas falleció por falta de atención médica.

Establecí mi familia en un barrio de clase media en la zona de Ingeniería, en Lima. Mientras yo hacía constantes viajes a diversos lugares del país para realizar mi labor de periodista, y de promoción campesina. Mi esposa se desempeñaba como terapeuta ocupacional en un centro de educación especial cercano a mi casa. Y mis hijos estudiaban bajo valores de solidaridad, creatividad y libertad en un centro educativo experimental de Lima. No teníamos más preocupaciones que la que normalmente tiene una familia de clase media, y hacíamos planes sobre el futuro de nuestros hijos.

Pero los últimos acontecimientos políticos y económicos de mi país nos sorprendió, y todo lo propuesto y organizado en nuestra familia se volvió inestable; dependíamos de las circunstancias, que limitaban nuestra posibilidad

de elegir, y lo único que sabíamos con claridad era que el rumbo de nuestro destino sería distinto.

Así, durante los últimos años del gobierno del Dr. Alan García sufrimos los efectos de la más grave crisis económica de nuestra historia, que empobreció a la clase media, y pauperizó a la clase baja.

Para que comprendan lo grave que ha sido esta crisis, les comentaré que sólo en el año de 1990, la inflación alcanzó la cifra de 7,000%. Así ese año sólo podía comprar un kilo de carne de los tres que compraba el año anterior. Pese a que mis ingresos eran superior al promedio de los obtenidos por los empleados del Estado, no me alcanzaba para vivir, tenía que realizar otras actividades paralelas para subsistir. Si bien lo económico fue una de las causas por la que me encuentro en el Japón, lo fue también la búsqueda de seguridad y paz para mi familia; porque el avance de Sendero Luminoso hasta 1990, en las zonas rurales era exitoso, prácticamente eliminaba a quien se le oponía, y destruía todo aquello que para ellos significaban presencia del Estado. Yo formaba parte de esa presencia. Y, la represión militar era indiscriminada, para ellos todo aquel que trabajaba en y con la comunidad era sospechoso. Este enfrentamiento entre senderistas y ejército, al margen del respeto de los derechos humanos había causado hasta esa fecha 2,000 desaparecidos al lado de los cerca de 19,000 muertos que estaba ocasionando esta guerra civil. Por esta razón es que cada vez que tenía que viajar, mi familia vivía angustiada hasta que me veían regresar. Mi esposa insistía que era momento de salir del país, pues sentía igual que yo temor por la violencia política de Sendero. Yo me oponía. Sin embargo, el apasionamiento político como se desarrolló la segunda vuelta de las últimas elecciones generales, despertó los sentimientos racistas de nuestra aristocracia, cuando un vocero oficial del FREDEMO (Alianza política de centro derecha), afirmó que la "Constitución Histórica" no aceptaría a un peruano de primera generación en la Presidencia de la República (refiriéndose a Fujimori). Mientras Vargas Llosa, líder del FREDEMO, era un peruano por los cuatro costados y su idioma era el castellano, el de Fujimori era el japonés y su madre no hablaba castellano. Estas declaraciones desataron manifestaciones anti-japonesas, orales, escritas y en algunos casos hasta maltratos físicos. Nosotros ya habíamos vivido parecidas experiencias; este tipo de xenofobia creíamos que con el tiempo se había superado, pero no era así, parecía volver con mayor fuerza. Mi resistencia a seguir en el país se doblegó. Con mi esposa evaluamos

la situación, concluimos que la seguridad de la familia estaba en peligro, y de común acuerdo decidimos que era momento de emigrar fuera del país, al menos por un tiempo hasta que mejorara la situación. ¿A dónde? La respuesta natural era al Japón, patria de los padres de mi esposa, que se había convertido para los nikkei peruanos en su sueño "Dorado"; donde, tras un corto tiempo de trabajo duro, podían juntar el dinero suficiente que les permitiría de regreso al Perú hacer realidad su sueño de casa y negocio propio. Allí encontraríamos la tranquilidad y seguridad que buscábamos; además, existía la posibilidad de encontrar trabajo para mantener a la familia.

Tomada la decisión, había que buscar la forma de realizarla. Para tal fin visitamos algunas de las agencias que ofrecían trabajo en el Japón. En ese año todavía eran pocos y se podían clasificar en dos tipos:

TIPO A: Trabajaban a pedido de contratistas nippones interesados en reclutar mano de obra para las fábricas, cuyas oficinas por lo general funcionaban al lado de una agencia de viaje.

TIPO B: Directamente lo hacían a pedido de las propias fábricas, sus locales de atención eran muy discretos, o en algunas casos, utilizaban el domicilio de algún nikkei, que les servía como intérprete.

No era fácil conseguir audiencia; previamente era necesario ser presentado por algún miembro de la colonia japonesa, y mostrar el "Koseki" de los padres. Nosotros, logramos ser entrevistados por una agencia del tipo "A". Nos recibieron en una oficina vecina a una agencia de turismo, allí examinaron nuestros documentos, luego de aprobarlos, nos precisaron las condiciones:

Trabajaríamos en Toyokawa, Nagoya, la compañía exigía un año mínimo de trabajo, la propuesta salarial era de 9,500 yenes diarios en el caso mío, y de 6,400 yenes en el de mi esposa. Había horas extras por las que se pagaba a los hombres 1,484 y a las mujeres 1,000 yenes la hora; el horario de trabajo sería de 8 de la mañana a 5 de la tarde; nos proporcionarían vivienda con refrigeradora, televisión, lavadora, olla arrocera, termo y futones. Por otro lado, nos exigían certificados de salud, y constancias de no tener antecedentes policiales, ni judiciales.

Para el financiamiento de los pasajes, era necesario ser garantizados por 2 personas de la colonia japonesa que tuvieran solvencia económica; y el aval de un familiar que viviera en el Japón. Una vez cumplido con estos requisitos y

obtenida la respectiva visa, esperaríamos se forme un grupo mínimo de 12 personas para entonces recién fijar la fecha del viaje. Calculaban entre 3 a 8 meses el lapso de tiempo para culminar con estos trámites.

Como nuestra decisión era viajar lo más antes posible consultamos con una agencia del tipo "B". Las condiciones eran similares. Allí, nos indicaron que no se requería sacar la visa en la Embajada del Japón en el Perú, ellos se encargarían de obtenerla en la Oficina de Migraciones del Japón, una vez instalados y trabajando en la fábrica. Para este trámite era necesario que entreguemos nuestras partidas de nacimiento, de matrimonio, debidamente certificadas por el Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, así como el Koseki de los padres de mi esposa, con lo que se acortaría nuestra fecha probable de viaje hasta en 60 días. Este plazo aún nos pareció muy distante; por lo que intentamos utilizar una vía menos formal, pero que resultó efectiva. Así, nos pusimos al habla con el hermano mayor de mi esposa, que trabajaba ya cerca de 2 años en una fábrica de Hon Atsugi. El, realizó las consultas con su empresa, y garantizó nuestro viaje. Nos aceptaron para trabajar en una sucursal de la localidad de Ishioka. Hacer los trámites nos llevó sólo 20 días. Con el pasaje financiado, iniciamos nuestro viaje en el mes de mayo, sumándonos a los 400,000 peruanos que emigraron del país entre 1985 y 1990, de los cuales no han regresado 340,000.

Para el 1 de mayo, ya estábamos en Japón, los primeros días todo era objeto de nuestra curiosidad y asombro. Pasadas estas primeras impresiones atravesamos un período de depresión. Gracias a que éramos una pareja pudimos superar la angustia que uno siente de abandonar la casa en que se ha vivido, los amigos, el anterior trabajo, y sobre todo el haber dejado a nuestros hijos, sintiéndolos tan lejos.

En la fábrica pasamos un período de adaptación de aproximadamente 6 meses, durante los cuales observaron nuestro rendimiento físico, nuestro comportamiento, y buscaron una forma de comunicarse conmigo para darme órdenes, que pudiera entenderlas y luego ejecutarlas (yo no sabía nada de japonés). Los encargados de personal mientras tanto, evaluaban nuestras habilidades con el fin de ubicarnos en el lugar donde mejor podíamos producir. A mí me ubicaron en la "Gemba" donde se hacía pisos para los container, y a mi esposa en la de instalaciones eléctricas.

La fábrica tenía aproximadamente 76 trabajadores estables, 10 de los cuales

eran nikkei peruanos, y por intermedio de una contratista 25 más conformado por japoneses, iraníes y paquistaníes.

Como nuestra experiencia en este tipo de trabajo era nula, nos capacitaron sin pérdida de tiempo, poniéndonos a trabajar directamente en la labor que esperaban debíamos realizar.

La primera impresión que sentí al entrar en la fábrica, fue haberme convertido en el centro de las miradas. Después me explicaron la razón. Había sido presentado como nikkei; como no tenía los ojos rasgados y la apariencia física como los demás nikkei, los trabajadores japoneses no podían creer que fuera peruano más parecía iraní o filipino por eso me observaban buscando algún rasgo oriental en mi persona. Fui presentado a mi jefe, un líder de gorra amarilla, quien me hizo la pregunta de rigor: ¿Entiendes japonés?, yo le respondí, no. Parecía un mal comienzo, porque para él, con cierta lógica, "quien no sabe japonés, no sabe nada". Insistía en comunicarse conmigo hablando sólo en japonés, mientras yo, por más atención que le ponía no lograba entenderle nada. Ante la impotencia de no poder comunicarse conmigo y la presión que ejercían sobre él sus superiores, para que acelere el trabajo respondía tomando actitudes agresivas conmigo; tiraba las herramientas, y hasta intentó agredirme físicamente. Tras superar estos primeros intentos ásperos, decidió utilizar el método demostrativo, es decir, él realizaba la tarea, yo sólo observaba, luego, por imitación lo ejecutaba, él observaba y evaluaba como lo hacía y con gestos, a veces no muy amigables, me indicaba las correcciones que debía hacer. Esto funcionaba mientras la producción era más o menos semejante, pero cuando los modelos variaban mucho, nuevamente nuestras relaciones se ponían tensas, y era un volver a iniciar el aprendizaje con nuestros ásperos enfrentamientos. Una vez que consideraron que tenía las habilidades necesarias, y podían comunicarse conmigo por medio de dibujos y órdenes breves, esta vez acompañados de gestos, tomaron tiempo a la labor que realizaba, y como a todo trabajador se me presionó a ejecutarla en el menor tiempo posible. Esta exigencia es una fuerte presión psicológica para el trabajador japonés, por esta razón su comportamiento dentro de la fábrica es inestable; alegre en un momento, e inmediatamente irritable y agresivo en otro. Sin embargo, al finalizar las labores es por lo general amistoso y comunicativo. Los trabajadores japoneses con los que compartí las mismas labores son honrados, honestos. Valoran su trabajo y buscan la manera de perfeccionarlo al máximo. Sin embargo también

habían aquellos que se oponían a trabajar con los extranjeros, y mantenían una actitud hostil para con nosotros.

Las condiciones de trabajo en la fábrica eran duras para todos, por la simple razón que sus instalaciones fueron construidas para un determinado volumen de producción de camiones, pero la fuerte demanda que había en esos momentos sobrepasó su capacidad; para satisfacerla, se fabricaba las carrocerías en cualquier espacio disponible, así trabajamos sin protección y a la intemperie soportando la lluvia, el frío o el excesivo calor. Creo que tanto japoneses como extranjeros sentíamos satisfacción al hacerlo en esas condiciones, considerabamos que era una forma de mostrar agradecimiento al interés que ponían los directivos en su personal.

En el mes de noviembre de 1992, la fábrica prácticamente se paralizó a consecuencia de la crisis de la industria automotriz japonesa. Sólo un grupo pequeño de trabajadores construían las carrocerías, para cumplir con los pocos pedidos pendientes, mientras los demás nos dedicabamos a labores de limpieza, jardinería, acondicionamiento del local, mantenimiento y construcción de una infraestructura adecuada para el almacén, a fin de evitar el deterioro de los materiales. También hicimos mejoras y ampliaciones en las instalaciones, reacondicionando el espacio físico para atender sin ningún inconveniente un volumen de producción igual o mayor a la mayor registrada en 1991.

Sin embargo, pese a las medidas de autocontrol, austeridad, restricción de gastos de energía eléctrica, combustible, repuestos, mantenimiento de maquinaria, la empresa no pudo evitar el despido de trabajadores extranjeros.

Mientras se agudizaba la falta de trabajo dentro de la misma fábrica los trabajadores japoneses adoptaban dos actitudes opuestas para con los nikkeis: Unos que nos pedían que tengamos paciencia, comentándonos que nunca habían vivido una situación parecida en los 4 años que venían trabajando en la fábrica, confiaban en que la situación se arreglaría pronto. Otros, nos consideraban como una de las causas de esta crisis, y a veces demostrando hostilidad nos decían: "Todos vienen al Japón sólo a complicar las cosas ..., porque no se regresan a su país".

La baja de la producción en la industria automotriz del Japón puso en peligro nuestro empleo, obligándonos nuevamente a emigrar esta vez a la zona de Kansai. Allí recibimos el apoyo de amigos que formaban parte del Banco de Fiadores para Trabajadores Extranjeros de Nara, ellos nos ayudaron a buscar

trabajo y vivienda, no sin antes haber compartido con nosotros dos experiencias no muy agradables. La primera, en la búsqueda de empleo, la persona que se comprometió a proporcionarnos trabajo, no lo hizo hasta 2 meses después de habernos instalado en Tawaramoto. Así comprobamos lo difícil que resulta para una familia vivir en el Japón sin trabajo; acabamos con nuestros ahorros y empezamos a solicitar préstamos para sobrevivir. La segunda, al tratar de conseguir la vivienda. Nuestros amigos se organizaron para este fin. Como aún estábamos en Ishioka, invitaron a mi esposa a viajar a esta zona. Uno de ellos la esperó en la estación de Kyoto para conducirla hasta la localidad de Oji, donde conjuntamente con otra amiga que los esperaba visitaron las viviendas que estaban en alquiler, con el fin de firmar el contrato. En verdad toda una hermosa cruzada de amistad, generosidad y una gran lección que sobre solidaridad humana hemos recibido; pero el hecho de ser extranjeros no permitió que culminara con éxito este noble esfuerzo, los dueños y las inmobiliarias se resistieron a arrendarnos por temor a que alteremos sus costumbres y malogremos sus viviendas. Pero el compromiso que voluntariamente habían adquirido con nosotros hizo posible que mi esposa realizara un segundo viaje, esta vez a la localidad de Tawaramoto, y gracias al esfuerzo desplegado por ellos conseguimos alquilar la vivienda en la que estamos instalados actualmente.

Sin saber que pasaría con la economía de Japón, nosotros hicimos un gran esfuerzo para traer a nuestros hijos y tener la tranquilidad de estar nuevamente con la familia reunida. Con ellos se presentaron nuevos problemas por afrontar, y que tenían que ver con la respuesta a dos interrogantes: ¿Cuánto tiempo nos quedaríamos en el Japón?; y, ¿Es importante para nosotros asimilar la cultura japonesa?. Antes de responderlas, evaluamos nuestra situación, y la del Perú. Concluimos reconociendo que si bien la lucha antiterrorista del presidente Fujimori era exitosa, sin embargo deberían pasar unos 4 ó 5 años para que el proceso de pacificación y la recuperación de la recesión económica brinden las mínimas garantías para volver al país. Entonces establecimos como objetivo de nuestra estadía la educación de nuestros hijos; pues en las circunstancias actuales lo único que podíamos brindarles era lo aprendido de nuestros padres: saber enfrentar las adversidades, y orientar el esfuerzo individual hacia el fortalecimiento de la familia.

En tal sentido nuestra integración requería fundamentalmente del conocimiento del idioma japonés, mi esposa era la que más dominio tenía de este

idioma. Mis dos hijos mayores se matricularon en una academia de japonés, y el último en el Chu Gakko de Ishioka. Para mis hijos y mi esposa, que están estudiando el japonés, la asimilación de la cultura y costumbres esta tomando un ritmo acelerado, mientras que para mí, tal vez, por lo muy enraizado que tengo las costumbres peruanas, o por el poco tiempo disponible que tengo al día para dedicarlo a su estudio, soy el que más lentamente asimilo.

Mi hijo mayor intentó presentarse a una universidad con la finalidad de estudiar el idioma japonés, pero su aplicación fue denegada porque no cumplía con los requisitos de los 12 años de estudios. En el Perú, el sistema educativo es de 11 años, después de los cuales uno está apto para ingresar a la universidad. Esta noticia la recibimos con desilusión por que esta negativa significaba que los nikkeis peruanos y de otros países latinoamericanos que tienen parecidos sistemas educativos, encontrarían limitada sus aspiraciones, y el único camino que les queda es prolongar sus estudios aquí en el Japón para cumplir con la exigencia de los 12 años, haciendo muy difícil y costoso para un estudiante tercer mundista, aspirar a estudiar en el Japón.

El menor de mis hijos es quien ha afrontado bruscamente el cambio de sistema educativo. En el Chu Gakko, de un momento a otro tenía que asumir como valores nuevos la competencia, y la memorización, todos ellos opuestos a lo solidario, antimemorístico y creativo que recibió durante su formación en el Perú. Sin embargo, gracias a la labor desarrollada por los profesores del Sho Gakko y Chu Gakko de Ishioka y Tawaramoto, está logrando superar esta crisis de valores. Por el dominio que tiene del idioma japonés, tanto hablado como escrito se ha convertido para mi familia en el agente de comunicación con nuestra comunidad japonesa.

Cuando llegamos al Japón estábamos completamente desubicados, nuestros conocimientos de las costumbres, la forma de vivir y la cultura japonesa estaban limitados a la experiencia que tenía mi esposa. Sinceramente nos encontrábamos desorientados para entablar una buena relación con nuestros vecinos, con los compañeros de trabajo, con los maestros. Mostrábamos mucha inseguridad y torpeza en nuestro trato personal, llegando muchas veces al ridículo tratando de imitar algunas actitudes.

En Ishioka nuestra integración a la cultura japonesa practicamente fue nula, y creo, aunque puede ser exageración mía; influyó tambien la actitud de la gente de Kanto, ellos son poco comunicativos e introvertidos, mientras que los

de Kansai tienen el corazón más abierto y son más comunicativos.

Tenemos 3 años viviendo en el Japón, de los cuales, hemos pasado todo 1 año de adaptación en la zona de Ibaraki, y otro año en proceso de integración en Tawaramoto, disfrutando de la tranquilidad y seguridad que brinda el Japón a sus ciudadanos. Desde aquí trataremos de asimilar las costumbres, el idioma y la cultura del Japón, buscando una síntesis que permita revalorar nuestra peruanidad, enriqueciéndola con el amor místico hacia la naturaleza y a la creación humana que tienen los japoneses.

Aún en medio de las dificultades que naturalmente tenemos que afrontar, los problemas que aún no resolvemos y las barreras que limitan nuestra integración, hemos recibido la solidaridad de la gente, y comprendido el alto valor que tiene la amistad en el Japón, a través de las muchas manos que estrecharon las nuestras justo en los momentos más difíciles, demostrando que al margen de las diferencias que puedan existir, la convivencia humana es posible. Si este hermoso gesto de amistad y solidaridad se da entre individuos de diferentes culturas dentro de un país. ¿Por qué no extenderlo a nuestros pueblos?, construyendo un sólido puente de mutuo entendimiento, ahora que en el Perú se vive un ambiente de esperanza, de que las cosas van a mejorar, aunque persista la crisis recesiva y la violencia.

Y para terminar quiero pedirles un poco más de comprensión y apoyo para los miles de peruanos que como yo estamos en este hermoso país, y que no tienen la oportunidad de expresar lo que sienten, quieren y anhelan.